

De Loyola a Manresa por el Camino Ignaciano

Por David R. Brock, septiembre de 2022

En algún momento de mi peregrinaje de Loyola a Manresa, España, la primavera pasada, nos mostraron una obra de arte catedralicia creada en honor a San Ignacio de Loyola. La obra contenía varios círculos grandes. Nuestro guía, el sacerdote jesuita José Luis Iriberry, dijo que nadie sabe realmente qué representan los círculos. Le expliqué mi teoría: que tiene algo que ver con los deportes; ¡probablemente un precursor del juego que ahora conocemos como baloncesto! No le convencí, pero sonrió ante mi hipótesis.

Verás, mi primer conocimiento de los jesuitas, antes de que supiera algo sobre Ignacio, o la Compañía de Jesús, fue gracias al baloncesto de la NCAA. Las potencias del roundball a lo largo de décadas incluyeron equipos de Georgetown, Marquette, Loyola Chicago, Xavier y, en la actualidad, Creighton y Gonzaga. Todavía sostengo que la obra de arte que vimos está relacionada con la destreza de los jesuitas en las universidades modernas.

Más tarde supe que esas mismas escuelas universitarias, y muchas más, también se encontraban entre las mejores instituciones académicas de los EE. UU. Descubrí que para convertirse en sacerdote jesuita se requería una práctica espiritual disciplinada, aprender a vivir en comunidad y obtener títulos en filosofía y teología, lo que representa un período de preparación de 8 a 13 años antes de la ordenación. El riguroso estudio espiritual y académico, que surgió del propio tiempo de aprendizaje, largo y difícil, del mismo Ignacio, a menudo incluía la finalización de un doctorado adicional.

La familiaridad con los jesuitas incluía la poesía del sacerdote Gerard Manley Hopkins quien, como muchos de ustedes saben, escribió:

*The world is charged with the grandeur of God.
It will flame out, like shining from shook foil;
It gathers to a greatness, like the ooze of oil
Crushed....*

*And though the last lights off the black West went
Oh, morning, at the brown brink eastward, springs —
Because the Holy Ghost over the bent
World broods with warm breast and with ah! bright wings.*

(traducción no oficial)

El mundo está lleno de la grandeza de Dios.

Arderá, como el brillo de un papel de aluminio agitado;
Se acumula a una grandeza, como el exudado de aceite
Aplastada....

Y aunque las últimas luces del negro oeste se fueron
Oh, mañana, en el borde marrón hacia el este, manantiales -

Porque el Espíritu Santo sobre el doblado
El mundo medita con cálido pecho y con jah! alas brillantes

Luego estaba el paleontólogo, Pierre Teilhard de Chardin, sacerdote jesuita:

Someday, after mastering the winds, the waves, the tides and gravity, we shall harness for God the energies of love, and then, for a second time in the history of the world, man will have discovered fire.

We are not human beings having a spiritual experience. We are spiritual beings having a human experience.

Above all, trust in the slow work of God.

We are quite naturally impatient in everything to reach the end without delay.

(Traducción no oficial)

Algún día, después de dominar los vientos, las olas, las mareas y la gravedad, aprovecharemos para Dios las energías del amor, y entonces, por segunda vez en la historia del mundo, el hombre habrá descubierto el fuego.

No somos seres humanos viviendo una experiencia espiritual. Somos seres espirituales viviendo una experiencia humana.

Sobre todo, confía en la lenta obra de Dios.
Somos naturalmente impacientes en todo,
buscando llegar al final sin demora.

En el seminario seguía viendo noticias sobre el Superior General que sirvió a los jesuitas de 1965 a 1983. El Padre Pedro Arrupe fue una voz profética durante las convulsiones del Vaticano II en los años 60, un defensor de los pobres y oprimidos en los años 70 y 80, incluso cuando ponerse en la brecha resultó en el martirio de sacerdotes y monjas. Debido a sus reformas, Arrupe fue, después de Ignacio, conocido como el segundo fundador de la Compañía de Jesús.

Con ese conocimiento superficial sobre la Compañía de Jesús y sobre algunos miembros bien conocidos dentro de la Orden, me parecía esencial saber más sobre Ignacio de Loyola, el primer jesuita.

Durante los estudios de dirección espiritual en el Centro Espiritual Mt. Carmel en las Cataratas del Niágara, Canadá, en 2010-2012, conocí un poco más a este hijo número 13 de la familia de los Loyola. Aquel joven "... elegante, un bailarín experto, un mujeriego, sensible a los insultos y un espadachín rudo y punk... [que] usó su estatus privilegiado para escapar del enjuiciamiento por delitos violentos..."

Pero, lo conocemos hoy porque experimentó una dramática transformación entrando en un camino de compasión y de servicio, como uno de los seguidores de Jesús más devotos de la historia. Algunos de ustedes que ya están familiarizados con su historia, si no, vean www.Jesuits.org o Wikipedia o su Autobiografía, "El Peregrino".

El núcleo de su conversión fue el desarrollo, la práctica y la guía de otros en Los Ejercicios Espirituales. Cada jesuita completa esa práctica varias veces en su vida. Desde la década de

1980, los Ejercicios han sido experimentados [hechos como dicen ellos] por laicos y clérigos de muchas denominaciones.

En este año 500 de la “conversión de bala de cañón” de Ignacio (2022), como algunos lo han llamado, parecía oportuno aprender aún más sobre la vida del primer jesuita. En ese año de 1522 Ignacio viajó unas 400 millas a caballo y a pie desde Loyola hasta Montserrat y Manresa. La peregrinación, práctica común en aquellos días, y cada vez más en estos días, cambió su vida. Su viaje posterior con Jesús (incluyendo una peregrinación de Barcelona a Jerusalén) ha cambiado la vida de muchas personas en muchas naciones del mundo.

En la última noche de nuestra peregrinación, el pasado mayo de 2022, nos reunimos para un último período de adoración y reflexión en el Centro Jesuita de Manresa. Le comenté al grupo de 24 peregrinos lo significativo que había sido aprender sobre su infancia, su carrera militar, la herida que le cambió la vida en la batalla, los años de peregrinaje y disciplina espiritual que culminaron en la redacción de los Ejercicios Espirituales.

Pero me preguntaba en voz alta si habría una peregrinación de gente mayor como yo (los mayores de 60 y 70 años) que seguiría los pasos de Ignacio en sus últimos años. ¿Qué hay de todas esas décadas en Roma?

- los innumerables pasos para establecer y obtener la aprobación de la Compañía de Jesús por el Papa Pablo III en 1540.
- los años de cuidar a los pobres, individualmente y a través de organizaciones establecidas para su bienestar,
- la fundación de instituciones educativas en numerosas naciones (35 escuelas en el momento de su muerte, casi 400 sesenta años después).
- los desafíos de acoger y formar sacerdotes (alrededor de 1.000 en el momento de su muerte),
- el perfeccionamiento de las habilidades personales para ganar la confianza de Papas y Cardenales,
- la capacidad de perdonar y hacerse amigo de los enemigos que lo encarcelaron 3 veces diferentes y trataron de destruirlo a él ya la Compañía.

¿Qué de los últimos años de su vida brinda orientación a peregrinos como yo en mi propio cambio de estación de otoño a invierno? Mis preguntas ahora son diferentes a las del nuevo converso o el administrador ocupado. A los 70, me pregunto:

¿Qué me hará el envejecimiento? ¿A mi cuerpo? ¿En mi opinión? . . . ¿Seré importante para alguien? ¿Seré una carga? ¿Cómo voy a morir?... A pesar de las canas y la flacidez, [dice Kathleen Dowling Singh], muchos de nosotros todavía nos aferramos infantilmente a tanto que es irreal y no esencial. Muchos de nosotros todavía nos aferramos a la reputación, a la seguridad imaginada, a hábitos de actitud y comportamiento no examinados y a la propia imagen. Tenemos una profunda aversión a que todas nuestras preciadas ilusiones sean despojadas por la aparente indiferencia de la vida. ¿Qué puedo aprender de los últimos años de la vida de Ignacio?

Al final de mi viaje de peregrinaje esta primavera pasada, por significativo que fuera, también quería caminar con el Ignacio que se describe en la biografía de Mary Purcell, *The First Jesuit*.

... era un hombre de baja estatura, de apenas metro y medio de estatura, y... su voz era "fina y delicada". Hacia el final de su vida tendía a engordar. El cabello que antaño "le caía hasta los hombros, castaño y hermoso", se había desvanecido al "color del trigo maduro" [358]. "A juzgar por los estándares humanos, nuestro Padre no era muy guapo" [359].

Tenía los ojos brillantes, con una mirada penetrante que leía de cabo a rabo, pero su pudor pocas veces le permitía levantarlos.... [359].

Las sonrisas y las risas parecían llegar a él tan fácilmente como las lágrimas, y "le brotó la alegría al ver a los Padres [los sacerdotes jesuitas], tanto que le costó mantener la actitud seria que él mismo había establecido en el Constituciones; a veces una sonrisa o una carcajada escapaban de sus labios a pesar de su autocontrol..."[359].

Pero mi peregrinaje empezó por el principio, como debe ser. En la mañana fresca y neblinosa del 1 de mayo de 2022, nos encontramos en el lugar del nacimiento de Ignacio en 1491, 531 años antes. Estábamos caminando sobre el suelo de piedra donde aprendió a gatear, a caminar y luego a correr en el recinto de la familia Loyola construido en la belleza de la escarpada campiña vasca de España.

En esa fortaleza familiar, ahora encerrada dentro de una magnífica basílica que lleva el nombre de San Ignacio, nos detuvimos en la cocina donde comía, y donde seguramente formó gran parte de su identidad. Aprendimos de las semillas silvestres sembradas en su juventud. Nos enteramos de sus formas de libertinaje en la edad adulta joven que describió en tercera persona en su autobiografía: *"Hasta los veintiséis años fue un hombre dado a las vanidades mundanas y solía deleitarse especialmente en las hazañas de armas, estando lleno de una grande y vano deseo de fama" [19].*

Supimos detalles de la herida casi fatal de la bala de cañón que destruyó su pierna en una batalla perdida contra los franceses en Pamplona en mayo de 1521. Vimos la cama, coronada con un dosel rojo con flecos dorados, que fue su lugar de residencia para muchos meses durante una larga y agonizante recuperación. Nos recordó que fue en esa habitación y en esa cama donde leyó las vidas de los santos y la historia de Jesús, y el Espíritu Santo comenzó la transformación de Ignacio de un soldado bien considerado a un mendigo, dependiente de la gracia de la Madre María y de su Hijo Salvador.

Luego hicimos una pausa de las lecciones de historia, el museo y el paseo por el impresionante santuario de la basílica para sentarnos en silencio y considerar nuestras propias historias, nuestras propias odiseas. En el silencio se nos invitó a considerar el amor incondicional de Dios y reflexionar sobre las preguntas: "¿Quién es Dios para mí?" "¿Cómo me ve Dios?" "¿Qué preocupaciones o miedos quiero dejar ir al comenzar esta peregrinación?"

Tal vez deberíamos detenernos aquí y pasar el resto de la mañana considerando esas tres preguntas. Ignacio sin duda recomendaría esa práctica. "No se trata de mí", decía. "No se trata de mi peregrinaje. Se trata de tu caminar de toda la vida con Jesús. Se trata de que has sido creado para alabar, reverenciar y amar a Dios".

Aquella tarde, caminamos hacia lugares de la cercana localidad de Azpeitia significativos en la vida de Ignacio: la ermita de la Virgen de Olatz, un albergue para viajeros que también sirvió como hospital para los enfermos (la Magdalena), la iglesia parroquial (San Sebastián de Soreasu), un convento justo dentro de las murallas de la ciudad que Ignacio habría conocido en su día. Carolyn y yo luego caminamos a lo largo del río Urola de regreso a nuestra casa de

huéspedes del convento (orden religiosa Jesús María). Una tarde tranquila de domingo, el sonido de los niños en un parque cercano nos llegaba con la brisa fresca de la tarde.

La hermana Janice dirigió un tiempo de adoración y reflexión, seguido de una caminata con Carolyn por la colina detrás del convento mientras se ponía el sol en el primer día completo de nuestro viaje de peregrinaje. Luego, una cena sencilla de pescado con sopa de pan a las 8:30 (una hora temprana para comer para la mayoría de los españoles) y a la cama.

En los días siguientes seguimos un ritmo similar mientras nos dirigíamos a Montserrat, Manresa y finalmente Barcelona: visitas a catedrales y parroquias, a ermitas y albergues, algunos existentes en tiempos de Ignacio, otros construidos en siglos posteriores para conmemorar su vida y ministerio.

A veces viajábamos en autobús. Caminamos durante millas por los mismos caminos y senderos por donde Ignacio montaba a caballo o viajaba a pie en 1522. Comíamos juntos. Compartíamos la eucaristía todos los días. Recordamos eventos en la vida de Jesús como los describe Ignacio en Los Ejercicios Espirituales.

Algunas de las creencias y prácticas de Ignacio como católico español del siglo XVI no me edifican, particularmente en sus primeros años. ¡Para nada! La autoflagelación y la vestimenta áspera, por ejemplo, la penitencia por el dolor a través del ayuno excesivo, el arrodillamiento y la privación del sueño; el sacrificio y el sufrimiento como requisitos para el perdón.

Estoy intrigado por la perspectiva teológica que condujo a una historia contada a menudo sobre su peregrinaje. En Luceni (región de Aragón), Ignacio se encuentra con un moro, un musulmán, que iba montado en un mulo como nos recuerda la estatua en la calle. Entablaron una conversación que pronto se convirtió en el tema de la Virgen María. El moro creía que la Virgen había concebido sin intervención humana, pero no podía creer que siguiera siendo virgen después de dar a luz. La discusión persistió hasta que se separaron en una encrucijada, sin convencer al otro de su punto de vista.

Mientras viajaba, Ignacio sintió, como un recién convertido entusiasta, que le había fallado a María. Se enojó consigo mismo y decidió que estaba obligado a defender su honor; que era su deber darle al moro “un gusto de su puñal”. En su autobiografía, Ignacio cita las palabras de un rey de Francia sobre cómo se debe tratar a un blasfemo: “Caballeros, cuando oigáis a alguien maldecir la fe cristiana, defended la fe no con palabras sino con la espada, empujándola lo más hondo posible en el vientre del incrédulo.”

Pero Ignacio tenía dudas. Discutió consigo mismo sobre qué era lo correcto. En el cruce de caminos donde el musulmán e Ignacio se habían desviado, decidió dejar que su caballo discerniera lo que debía hacer dándole rienda suelta. Si el caballo tomaba el camino que conducía al pueblo, Ignacio perseguiría al moro y lo mataría. Si la bestia se mantenía en la carretera, dejaría escapar al moro. Sucedió por “la providencia de Dios”, como lo describió Ignacio, que la mula se mantuvo en el camino real y el hombre se salvó.

Meses después, Ignacio llegaba a Mont-Serrat, “La Montaña Serrada”, como se conocía al famoso lugar de peregrinación. Allí decidió renunciar a su caballo, sus botas, su espada y cambiar sus ropas finas por ropas de mendigo. En la tarde del 24 de marzo de 1522, vio a un mendigo en el camino. Se quitó sus costosas vestiduras, se puso el manto de peregrino y pasó la noche arrodillado ante el altar dedicado a la Virgen.

A veces, las buenas decisiones tienen consecuencias dolorosas a pesar de nuestras mejores intenciones. Es posible que pueda contar historias de su propia vida. El encuentro de Ignacio con el mendigo fue una de esas experiencias. Al día siguiente después de darle su ropa al mendigo, un hombre vino corriendo hacia él a unas 3 millas de Montserrat y le preguntó si Ignacio le había dado su ropa fina a un mendigo. Reconoció que lo había hecho. El hombre informó a Ignacio que el mendigo, acusado falsamente de robo, fue golpeado y maltratado por las autoridades locales. Lloró por el mendigo y lamentó las consecuencias de lo que había destinado para bien.

Desde Montserrat, los peregrinos nos unimos a Ignacio, ahora a pie como nos cuenta la historia, mientras bajábamos la montaña hasta Manresa. Manresa se convirtió en el lugar principal de sus iluminaciones junto al río Cardoner. Fue aquí donde recibió dirección espiritual de clérigos experimentados. Fue el lugar donde comenzó Los Ejercicios Espirituales en la cueva donde meditaba.

Un día, mientras estábamos en el Centro Jesuita de Manresa, nos dieron tiempo para reflexionar, contemplar o explorar la ciudad vieja. Elegí ir a una 'cueva' de meditación cubierta de plexiglás hecha por el hombre. Es un lugar de silencio construido como un recordatorio de la cueva cercana en la que Ignacio practicó sus disciplinas y escribió. Durante más de una hora simplemente me senté en silencio, mirando la vista enmarcada de Montserrat en la distancia.

Allí no hubo iluminaciones ni visiones. No me llegó ninguna "Palabra del Señor" audible. No sentí claridad de discernimiento con respecto a una dirección futura importante de mi vida. Sobre todo, me sentí agradecido de simplemente sentarme en el silencio y contemplar la belleza del campo de Cataluña y los picos de Montserrat que se elevan en la distancia.

Durante esa hora, revisé lugares y eventos de esos 10 días de peregrinación con compañeros de viaje. También recordé décadas de aprendizaje, enseñanza y viajes a otras naciones y me preguntaba cómo pudo haberle sucedido todo eso a un niño del medio oeste de Estados Unidos como yo.

Bendiciones recibidas, sacudidas juntas y rebosantes. Generosidad ilimitada e inconmensurable. Eso es lo que sentí y pensé allí en esa cueva. Y en la cueva de Elías donde escuchó la voz suave y apacible; en el establo, posiblemente una cueva, donde nació el Mesías; la cercana cueva de Ignacio donde practicó el ascetismo y profundizó en la sabiduría y claridad de llamado. Pero, esta cueva, era mi cueva cerca del final de mi peregrinaje. Un lugar de belleza. Recordatorio de un rico legado de fe.

No sé tanto como me gustaría sobre las últimas décadas de Ignacio, pero sé, en parte debido a mi hora en la "cueva", que, en mis últimos años, como dice James Finley:

We ripen in holiness and spiritual fulfillment as we learn to sit in the sun of God's mysterious, sustaining presence that energizes and guides our efforts, bringing us to realms of grace that are beyond, way beyond, anything we can achieve by our own efforts alone...

(Traducción no oficial)

Maduramos en santidad y plenitud espiritual a medida que aprendemos a sentarnos bajo el sol de la presencia misteriosa y sustentadora de Dios, que energiza y guía nuestros esfuerzos, llevándonos a reinos de gracia que están más allá, mucho más allá, de cualquier cosa que podamos lograr solo con nuestros propios esfuerzos...

Con Joan Chittister, puedo afirmar:

This is the period of life when we must begin to look inside our own hearts and souls rather than outside ourselves for the answers to our problems, for the fixing of the problems. This is the time for facing ourselves, for bringing ourselves into the light.

*Can we smile at what we have not smiled at for years? Can we give ourselves away to those who need us? Can we speak our truth without needing to be right and accept the vagaries of life now—without needing the entire rest of the world to swaddle us beyond any human justification for expecting it? Can we talk to people decently and allow them to talk to us? . . . —Joan Chittister, *The Gift of Years: Growing Older Gracefully* (New York: BlueBridge, 2008).*

(Traducción no oficial)

Este es el período de la vida en el que debemos comenzar a mirar dentro de nuestros propios corazones y almas en lugar de buscar fuera de nosotros las respuestas a nuestros problemas, la solución de los problemas. Este es el momento de enfrentarnos a nosotros mismos, de sacarnos a la luz.

¿Podemos sonreír a lo que no hemos sonreído durante años? ¿Podemos entregarnos a quienes nos necesitan? ¿Podemos decir nuestra verdad sin necesidad de tener razón y aceptar los caprichos de la vida ahora, sin necesidad de que el resto del mundo nos envuelva más allá de cualquier justificación humana para esperarlo? ¿Podemos hablar con la gente decentemente y permitir que ellos nos hablen?...

El padre franciscano, Richard Rohr, añade la sabiduría de su propia peregrinación de vida.

If we are to speak of a *spirituality* of ripening, we need to recognize that it is always characterized by an increasing tolerance for ambiguity, a growing sense of subtlety, an ever-larger ability to include and allow, and a capacity to live with contradictions and even to love them! —Richard Rohr

(Traducción no oficial)

Si vamos a hablar de una espiritualidad de maduración, debemos reconocer que siempre se caracteriza por una creciente tolerancia a la ambigüedad, un creciente sentido de la sutileza, una capacidad cada vez mayor para incluir y permitir, y una capacidad para vivir con contradicciones, ¡y hasta amarlas!

Mis palabras e imágenes de hoy son obviamente mucho más sobre mí que sobre Ignacio, o tal vez sean más sobre el Sagrado, Dios que da amor sin medida, a mí, a ti, y sí también a Ignacio y a toda la creación. Somos defectuosos y falibles. También, portadores de tanta verdad, belleza y bondad.

Y, sin embargo, Ignacio merece unas palabras al terminar mi reflexión sobre el Camino Ignaciano. Así resume Mary Purcell su vida en su biografía del Santo de Loyola cuyas letras y erudición eran escasas y cuya actividad introspectiva era, por otra parte, extraordinariamente intensa.

“The Spiritual Exercises, the Jesuit Constitutions, the Autobiography, the few pages salved [sic] from his intimate Spiritual Diary and almost seven thousand letters, some running to great length, condense the essence of his privileged soul. And even had he left no written word, he left stamped upon his order the unmistakable, indelible imprint of his indomitable will, of his boundless zeal and ambition to win the whole world “for God our Lord.” [THE FIRST JESUIT, 372]

(Traducción no oficial)

“Los Ejercicios Espirituales, las Constituciones jesuíticas, la Autobiografía, las pocas páginas salvadas [sic] de su íntimo Diario Espiritual y casi siete mil cartas, algunas de gran extensión, condensan la esencia de su alma privilegiada. Y aunque no dejó palabra escrita, dejó impresa en su orden la huella inconfundible e indeleble de su voluntad indomable, de su celo y ambición sin límites por ganar el mundo entero “para Dios nuestro Señor”.